

## NUÑEZ DE CACERES

*Por Federico García Godoy*

La Historia, entendida en su más fundamental sentido comprobatorio, tiene para ello que basarse en fuentes documentales de positiva autenticidad, en testimonios coetáneos que permitan una exégesis amplia y lo más satisfactoria posible. La tradición sirve muchas veces de base, pero es indiscutible que, en la mayoría de las ocasiones, necesita someterse a un proceso de depuración que ponga de relieve los cambios y a veces sorprendentes transformaciones que sufre un hecho tradicionalmente transmitido. Pero cuando esa tradición se halla en un todo conforme con testimonios escritos de la época o período a que se refiere, toma entonces carácter de verdad histórica digna de ser aprovechada por quien estudia o examina un hecho controvertido con la aspiración de esclarecerlo de manera más o menos definitiva. Para Berheim, el pensador alemán, la tradición debe subordinarse a lo que llama el vestigio, esto es, “el hecho o las consecuencias de un hecho que aun subsisten”. Acepta también la tradición, pero en él, siempre o casi siempre, ocupa un lugar secundario por prestarse a equivocaciones de cierto género capaces de llevarnos a un concepto erróneo y hasta a todas luces contradictorio frente a lo que real y positivamente puede calificarse de verdad histórica.

Son bien escasos los elementos documentales de carácter fidedigno que poseemos acerca de la época en que floreció Núñez de Cáceres. El *Diario* de Sánchez Ramírez, las Noticias del Doctor Morilla, La vindicación del Padre Correa, algún otro que no recuerdo ahora. La tradición popular no es, ni con mucho, favorable a la memoria del insigne patricio. He oído a no pocos, entre ellos uno que otro de cierta cultura, decir en tono dogmáticamente afirmativo: “trajo los haitianos”. Con alto sentido de la realidad histórica, dominicanos emitentes, el Padre Meriño, José Gabriel García, otros más, han hecho plena justicia a la labor patriótica de Núñez de Cáceres. En el retrato que su ilustre nieto, el Doctor J. Núñez de Cáceres, envió desde Caracas, a



petición mía, a la sociedad Patria, de esta ciudad, y del cual retrato se sacó una copia que fue oportunamente remitida al Ate-  
 neo Dominicano, se ve un hombre de cierta edad, de rasgos fisio-  
 nómicos acentuadamente expresivos algo velados por no sé qué  
 matiz de austeridad amarga y reconcentrada. Fue el nativo de  
 más prolongada influencia intelectual en la sociedad dominica-  
 na de comienzos del pasado siglo. El caudillo de la primera re-  
 volución separatista fue un hombre de inteligencia bien cultiva-  
 da, de relevantes dotes de carácter, idóneo por entero para regir  
 colectividades sociales. Resulta un hombre muy superior al me-  
 dio en que actuó siempre en primera línea.

Es un espíritu en que las ideas, las iniciativas no se quedan  
 nunca a medio camino. Contornea el objetivo propuesto. Siente  
 viva afición por las más altas disciplinas intelectuales. A él se  
 debe, en primer término, el restablecimiento, en 1815, de la Real  
 y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino. Fue su pri-  
 mer Rector en esa época. Solía, en ratos de vagar, cultivar, la  
 poesía, aunque sin éxito. Sus vocaciones íntimas le señalaban  
 otra vía. No puede darse nada más flojo, desaliñado y ramplón  
 que su Canto a los Vencedores de Palo Hincado. Y cosa singu-  
 lar: en ese canto no hay un solo verso en que se haga alusión a  
 la Vieja Metrópoli. Cuando en ese canto suena la palabra pa-  
 tria, entiéndese bien que, en su pensamiento, se refiere al te-  
 rruño nativo. A nadie se ha visto hasta ahora señalar tal circuns-  
 tancia reveladora de que el españolismo que en ocasiones decan-  
 taba era puramente externo, de pura forma. Lo prueban sus  
 atrevidos consejos a Sánchez Ramírez apenas terminada la cam-  
 ña reconquistadora, y la libertad de opiniones, que reinaba en  
 su tertulia de íntimos en que sin rebozo se discutían temas  
 acerca de la conveniencia o no de separarse políticamente de Es-  
 paña. Esas ideas de separatismo germinaban ya, pero en muy  
 pocos espíritus capaces de comprenderlas y propagarlas fructuo-  
 samente. Una de las causas de la fragilidad de la empresa eman-  
 cipadora de Núñez de Cáceres, estriba, para algunos, en la fal-  
 ta de compenetración de su idea con el medio. Dice el Doctor  
 Morilla, en sus Noticias, que entre los propietarios y personas  
 de influencia no contaba Núñez sino con pocos partidarios y



ese movimiento hubiera podido evitarse porque la generalidad del país no estaba por él por su afecto a España. Tal argumento a primera vista decisivo no lo es relativamente, pues en buena parte de la América hispana, las masas, en los primeros tiempos, salvo excepciones, fueron resueltamente adversas a la idea emancipadora. Esta obra fue de una élite muy superior a sus respectivos medios sociales.

Los cargos que se han hecho siempre a Núñez de Cáceres pueden condensarse en dos de verdadera importancia: la amenaza de los vecinos occidentales y la falta o escasez de medios materiales para consolidar su obra de desligamiento político de España. Ambos a dos merecen considerarse con reflexivo detenimiento. Para ello hay, en primer término, que desprenderse de puntos de vista posteriores, de consideraciones de actualidad, y situarse en la época y en el ambiente social en que ocurrieron los sucesos atendiendo en primer término a circunstancias de tiempo y espacio. Otra consideración de perspectiva histórica es la de no dejarse ofuscar por la esterilidad de los resultados. La falta de éxito en una iniciativa histórica contribuye siempre, para muchos, a desquiciar la visión de conjunto que da siempre la medida, las verdaderas proporciones de un hecho. En el caso de Núñez de Cáceres ocurre eso ostensiblemente. Desde nuestro particular punto de vista crítico histórico vamos a examinar con sereno espíritu de imparcialidad las dos causas de imprevisión que se le echan en cara al egregio caudillo de nuestro primer movimiento separatista.

A lo que puede fundadamente colegirse, en los momentos en que Núñez de Cáceres incubaba su idea emancipadora no había nada absolutamente que temer de Haití fragmentado en dos o tres estados de instituciones dispares. Parece lógico suponer que ya maquinaba su plan en la época en que en su casa, en tertulia de amigos íntimos, se comentaban con libertad los acontecimientos de la guerra de que era presa toda la América continental de origen hispano. En el territorio haitiano radicaban dos estados soberanos: el reino de Cristóbal al Norte y la República de Petión al Sur y al Oeste. Un régulo nombrado Goman mantenía hacia los lados de Jeremías una independencia selvática y bra-



vía. La situación fue cambiando desde que Boyer, sucesor de Petión, ascendió al poder. Incorporóse la parte del Norte después del suicidio de Cristóbal y sometió la porción del territorio en que imperaba Goman. Este, según se cuenta, no queriendo rendirse, se precipitó al mar desde una roca encontrando entre sus aguas tumba digna de su valor indomable.

Para realizar la obra de la unidad haitiana Boyer no ahorra ni esfuerzos ni sacrificios. Consideradas condiciones de medio y de hora resulta un hombre de gobierno perspicaz y experto. Sabe suavizar dificultades y removerlas violentamente si el caso lo hace necesario. Todavía, en el año mismo en que Núñez de Cáceres proclama nuestra incorporación a la gran Colombia, tiene que debelar la insurrección de Richard. Después de eso es que resulta su dominio personal decisivo. Y ello acaece cuando nuestro insigne compatriota, forzado por las circunstancias, se ve constreñido a dar su gran paso, cueste lo que costare. Hay un momento en la vida de las conspiraciones en que se impone este dilema: ir a Roma por todo o perecer. Según indicios y referencias dignos de crédito, Núñez creyó que Boyer respetaría su obra fundándose en que ya no tendría por vecino una monarquía siempre más temible y amenazante para su país y que el nuevo Estado pertenecería a Colombia, la República con quien mantenía cordiales relaciones y a que tan noble y generoso auxilio había prestado su jefe y grande amigo Alejandro Petión. El tiempo demostró la inanidad de tales esperanzas. Pero, parece que el ilustre dominicano no podía ya retroceder. El año antes, 1820, había ocurrido gran alarma con motivo del descubrimiento de una conspiración de carácter separatista en que Núñez de Cáceres, por habilidad suya o por lo que fuere, no fue complicado. Después de la denuncia del Padre Cruzado tuvo que resolverse. Su indecisión, en tan supremo instante, le hubiera costado la libertad o la vida.

Astuto y cauteloso, Boyer, sin dar el frente, desarrollaba en las fronteras un plan de seducción que, desdichadamente, le proporcionó excelentes resultados. Antes de que Núñez de Cáceres diera su gran paso ya se había oído hablar de un flamante partido unionista que en ciertos lugares de las fronteras, iba



aumentándose merced a los trabajos de dominicanos traidores, José Justo de Silva, Tabares, Amarante, otros más. Sin faltar a la verdad, no es posible negar que numerosos dominicanos traidores facilitaran grandemente la invasión de Boyer. A ellos alude éste en uno de sus oficios al brigadier Kindelan cuando le habla de insinuaciones de cierto género que recibía de este lado con frecuencia. Núñez de Cáceres tuvo también en su contra el elemento peninsular, catalanes principalmente, herido por la reciente revolución separatista que de dueño lo convertía en súbdito del naciente Estado. Pero, a mi ver, el gran peligro estaba en el unionismo, esto es, la fusión con Haití, preconizada por no pocos dominicanos. Y tan es así, que antes de divisar Boyer los muros de la Capital, el Cibao, por obra principal de ese unionismo, estaba ya, puede decirse, pronunciado, por Haití. Juan Núñez Blanco, a la cabeza de un grupo de jinetes armados recorre las calles de Santiago victoreando la unión y con sus propias manos enarbola en el fuerte de San Luis la bandera haitiana.

Y aquí se manifiesta con claridad meridiana lo que afirmé en la Carta inserta en mi libro *La hora que pasa* y dirigida a mi ilustre amigo Pedro Henríquez Ureña. Dos tendencias bien determinadas comienzan a dibujarse con claridad y precisión desde comienzos de la pasada centuria. Son dos corrientes de opinión que durante largo tiempo van a orientarse paralelamente constituyendo, por decirlo así, la síntesis de nuestra tormentosa y resonante historia. La primera de ellas comienza, puede decirse, en el unionismo que fomenta Boyer solapadamente en las fronteras; continúa más tarde, en 1843, con el plan Levasseur; sigue con las intrigas y maquinaciones de que es teatro el campamento de Baní, y se convierte en hecho, toma cuerpo, en la obra dolorosa de nuestra inconsulta anexión a la Monarquía española. Restaurada la República vuelve a manifestarse, obra exclusiva de un gobierno, la torpe tendencia anexionista... Tales hechos liberticidas serían para nosotros un eterno padrón de ignominia si paralelamente a esa corriente anexionista no se dilatase otra más impetuosa y pujante de un nacionalismo sincero e irreductible. Este último empieza en el primero de Diciembre de 1821, y se manifiesta cuantas veces oligarquías imperan-



tes han tendido a destruir poditoriamente la soberanía nacional. En la primera tendencia, la anexionista, han figurado, en primer término, gobernantes despóticos y grupos sin fe en la viabilidad de una entidad nacional aparentemente desprovista de las condiciones necesarias para mantener y consolidar su independencia. . . En la otra, la más pujante, la nacionalista, han descollado, prestos siempre a las mayores abnegaciones y sacrificios, las personalidades más conspicuas y eminentes de que puede ufarse el pueblo dominicano: los Duarte, los Francisco del Rosario Sánchez, los Mella, los Meriño, los Luperón, los Mariano A. Cestero, los Ulises F. Espailat, muchísimos más. . .

No es posible hoy poner en duda que en los planes de Bolívar entraba, como suprema coronación de su labor gigantesca, la independencia de las Antillas españolas. Abundan los datos para afirmarlo. Al gran paladín caraqueño no se le ocultaba la conveniencia de desalojar a España de sus últimos reductos de América desde donde podría intentar nuevamente la reconquista de las colonias perdidas. Pocos años después la expedición de Barradas a México lo demostró cumplidamente. Parece que Núñez tenía motivos para contar con la ayuda inmediata de Bolívar. En carta del nieto de aquel, que conservo, me decía que creía haber visto, hacía años, en el archivo de la familia, un apolillado documento en que se hacía referencia a una correspondencia entre su abuelo y Bolívar. Parece ser que el medio de comunicación eran los corsarios colombianos que recorrían nuestras costas recalando con frecuencia en Jacmel. En este punto un comerciante francés o italiano muy relacionado con Bolívar desde la expedición de Los Cayos despachaba esa correspondencia para su respectivo destino. La muerte del nieto ocurrida hace años en Caracas interrumpió mis investigaciones a ese respecto. Hubo en realidad tal correspondencia? Lo cierto es que, durante años, se pensó en Venezuela en la libertad de estos pueblos antillanos.

Los nombres de Bolívar, Páez Sucre y Soublette juegan papel importante en este asunto. Al principio se pensó en Páez para mandar el cuerpo expedicionario. Después en Sucre. A raíz de Ayacucho escribía éste a Soublette: "El ejército cuenta con sie-



te mil nombres disponibles; ellos, protegidos por alguna marina, bastarían, yo creo, a tomar La Habana donde aseguran que el espíritu patriótico está en todas las gentes" . . . Como éste pueden citarse otros documentos fidedignos. Los proyectos de emancipación antillana se malograron al fin, principiando principalmente por el voto negativo de los Estados Unidos. Y cómo se explica que siendo esta nación la primera en reconocer como entidades nacionales a las recién emancipadas colonias impidiese ahora fuesen también libertadas las que faltaban para completar la gran obra reivindicadora? Pues simplemente porque en el momento en que se produjo la prohibición predominaban en el Congreso americano los elementos esclavistas y a éstos les interesaba en grado sumo continuase la esclavitud de los negros en las Antillas. Un Senador esclavista llegó a calificar a Bolívar de bucanero . . . En los días en que Núñez de Cáceres realizaba su plan emancipador aun no se había producido esa negativa. Pero el instante era por completo inoportuno. Páez, de momento no pudo hacer nada en ayuda del nuevo estado colombiano. El enviado de Núñez, el Doctor Pineda, se volvió con las manos vacías. Parecía que la adversidad perseguía al ilustre Auditor. En esos instantes el titán venezolano se dirigía hacia el Sur, salvando cordilleras formidables, trepando por las faldas de montañas humeantes, aureolado por la gloria, para añadir tres nuevas naciones a las dos ya creadas por su genio portentoso.

Pero aunque las circunstancias adversas malograran en agraz su magno propósito, sería incurrir en irritante injusticia regatearle a Núñez de Cáceres los méritos de su excelso ideal patriótico, y su intención noble, sana y generosa. Ya sé que para mucha gente, la gran mayoría, sólo son dignos de ser ungidos por la gloria los que entraron en el templo de la historia coronados y exultados por el éxito. Este para la incontable muchedumbre, lo sanciona y justifica todo. Mentira. Mil veces mentira. Cuando se cumple en pro de un ideal de redención, limpias las manos y la conciencia, debe merecer no ya el veredicto absolutorio sino de aprobación y de encomio. En Núñez de Cáceres comienza el avatar glorioso de la idea de independencia nacional. El fue el primero que hizo resonar la palabra indepen-



dencia en el ámbito de nuestras ciudades de vida tradicional y vegetativa, amodorradas en la somnolencia de siglos de infecundo coloniaje. Las iniciativas posteriores de liberación tienen ahí su luminoso punto de partida. No hay, pues, que discutir su lugar en nuestra historia. Es él, con legítimo derecho para ser así considerado, el primer patricio que se yergue altivo entre nosotros para señalar nos con severo índice la imperiosa necesidad de una transformación política capaz de responder a magnos propósitos de libertad bien entendida y de adelanto material armónico y fecundo.

(Del opúsculo de F. G. G., *De la Historia*. La Vega, 1920).

